

Diálogos de Gonzalo Rojas

Fabienne Bradu

Desde que Platón expulsara de la República a los poetas, el diálogo parece exclusivo de pensadores y filósofos. Ahora la escritora Fabienne Bradu nos recuerda, a través de los Encuentros que celebrara el poeta chileno Gonzalo Rojas, que el diálogo es consustancial a la poesía: un cónclave de solitarios solidarios que celebran la palabra.

Está claro que esta Fundación Gonzalo Rojas tiene sus raíces en los encuentros que el poeta organizó, entre 1958 y 1962, en la ciudad sureña de Concepción. Antes que una relación de los temas que se debatieron en aquellos años, quisiera insistir en el espíritu que los animó para así esclarecer qué clase de viento seguirá soplando desde las cumbres de Las Condes. Hasta donde pude indagar acerca de los míticos encuentros, su radical y esencial singularidad reside en el término “Encuentro”, una voz que habría que entender en el sentido con que la sellaron los surrealistas. En un pasaje de *El amor loco*, André Breton la ilumina en toda su extensión que incluye el amor pero no se limita a él:

Todavía hoy no espero nada excepto de mi sola disponibilidad, de esta sed de errar al *encuentro* de todo, la única capaz de mantenerme en comunicación misteriosa con los demás seres disponibles, como si estuviéramos llamados a reunirnos de repente.¹

¹ André Breton, *L'amour fou*, Ed. La Pléiade, Tomo II, 1937, p. 697.

Estoy cierta que no era otra la disposición de Gonzalo Rojas a la hora de inventar los Encuentros del Sur, sobretodo si recordamos sus propias palabras al respecto: “Esto era un salto hacia el conocimiento de nosotros mismos. En eso mi corazón surrealista me ayudó mucho, hasta en el orden de la temeridad, porque había que tener imaginación y coraje”.² Por “Encuentro”, entonces habría que entender una suerte de laboratorio de pensamiento, similar al crisol donde se precipitan las palabras poéticas de Gonzalo Rojas. El laboratorio se crea reuniendo en un solo lugar a varios pensadores, de preferencia disímbolos, para apostarle así a una mezcla posiblemente explosiva pero siempre sorprendente. En el homenaje de 1998 que le rindiera la Universidad de Concepción, vimos a Gonzalo Rojas repetir la experiencia convocando al oxígeno Volodia Teitelboim y al

² Gonzalo Rojas, entrevista con Ana Figueroa en *Con imaginación se hace el Mundo: Los encuentros de escritores e intelectuales de la Universidad de Concepción*, tesis doctoral.

hidrógeno Miguel Serrano en la breve distancia de dos sillas contiguas. En pocas palabras, una mezcla en consonancia con la conjunción de oralidad y cultismos, de rescate y audacia, en el ejercicio poético de Gonzalo Rojas. Luego, en la tenacidad rayana en lo obseso que invirtió en la organización de los encuentros, reconozco su confianza fundamental en la persona o, mejor dicho, su desconfianza hacia la palabra desencarnada o descarnada, que asimismo se manifiesta en su predilección por las lecturas públicas, ya célebres y festejadas en muchos países del mundo. Una poesía que gana en ser oída, además de leída, como si el soporte de la voz le restituyera la dimensión que el solo ojo le escamotea. También advierto su misma “paciencia de chino o de estrella” hacia la poesía, su “demorarse”, en la idea de los “Encuentros”: se trataría de sembrar la semilla sin esperar resultados inmediatos, como antaño lo hicieron los jóvenes pensadores del XIX que recorrieron Chile de norte a sur y lo atestiguan ahora todos aquellos que asistieron a los Encuentros de Concepción. “En el caso mío, afirmó una vez Gonzalo Rojas, fue tratar de mantener la locura, el tesón, el atrevimiento de Simón Rodríguez”.³ Los Encuentros de Concepción tampoco estuvieron exentos de la idea de sacrificio tan cara a su ejercicio poético: cuando le notificaron su despido de la universidad por andar armando semejantes revuelos, calló la noticia hasta que concluyera la última sesión por la convicción de que el interés general superaba el propio y personal. Años después concluyó Gonzalo Rojas sobre el particular:

El viento se llevó, con la hojarasca de los diarios, los miedos y las iras de los tontos, pues el remezón de ese verano (1962) de cincuenta cabezas poderosas y veraces sólo tiene parentesco con lo físico de los sismos que cada cierto tiempo ajustan y desajustan la geografía de Chile.⁴

De los testimonios recabados por Ana Figueroa, se desprende que la huella más honda de estos Encuentros se originó en el espíritu de diálogo libertario y como desenfadado, en esta manera *distinta* de concebir el diálogo, sacándolo de los estrictos cauces académicos y de los perezosos modales de pensar. Además de calificar la iniciativa de Gonzalo Rojas como “una audacia inmensa”, Volodia Teitelboim por ejemplo recuerda que “Gonzalo se consiguió una especie de radio para que los mineros que estaban trabajando dentro de la mina nos pudieran escuchar y fue así como, una tarde, la poesía llegó al centro de la tierra”.⁵ Pero, como suele suceder en



© Carlos Fuenno

la poesía de Gonzalo Rojas, la experiencia no podía limitarse a un solo sentido del movimiento: también organizó un viaje para los poetas (Ne ruda, Carpentier, Pedro Lastra, Ricardo Latcham, David Viñas, Ferlinghetti, Ginsberg, entre otros) a las minas de Lota, cuyas galerías se sumergían debajo del mar. Todavía según Volodia Teitelboim, “ese viaje significaba el encuentro con el mundo de la oscuridad, con el mundo del minero del carbón”.⁶ Huelga subrayar el alcance metafórico de las palabras de Teitelboim: “el encuentro con el mundo de la oscuridad”.

En fin, creo que estos ejemplos sirven de botón de muestra para atestiguar el cruce de azar y necesidad que requiere todo encuentro verdadero y que, según André Breton, sólo propicia lo “mágico-circunstancial”. También ilustran el concepto de poesía de acción vindicado por Gonzalo Rojas en esos años, en eco con la pregunta que hiciera Octavio Paz en *El arco y la lira*: “¿Por qué escribir poesía sobre la vida y no transformar la vida en

³ *Ídem*.

⁴ Gonzalo Rojas, “La palabra” en *Obra selecta*, Fondo de Cultura Económica-Biblioteca de Ayacucho, 1997, p. 257.

⁵ Volodia Teitelboim, entrevista con Ana Figueroa, *op. cit.*

⁶ *Ídem*.

poesía?”. Con esto quiero decir que el espíritu que selló los Encuentros de Concepción, también tiene sus raíces en la poética de Gonzalo Rojas y que éstos no podían haber sido de otro modo puesto que fueron inventados por este poeta sin par. Me gustaría mostrarlo un poco más detenidamente.

La necesidad de diálogo que alienta todas las empresas del poeta, desde los Encuentros del Sur hasta esta Fundación naciente, está inscrita en su obra misma, sobre todo en los poemas de la vertiente numinosa donde se advierte una gran cantidad de preguntas lanzadas al aire, al lector o, mejor aún, a sí mismo, a este otro que lo habita y sólo alcanzamos a conocer a través de su poesía. “Díganme elocuente pero yo pregunto, pregunto”, rezan unos versos de “Fragmentos”. Desde que conozco a Gonzalo Rojas, me ha llamado la atención su incesante vaivén entre varias órbitas. Años atrás escribí:

Percibo el doble y, aparentemente, constante estado de Gonzalo: atento al mundo y a las personas a su alrededor y, al mismo tiempo, como apartado en alguna región íntima, en la que dialoga consigo mismo o con otras voces, otras presencias, otro mundo tal vez...⁷

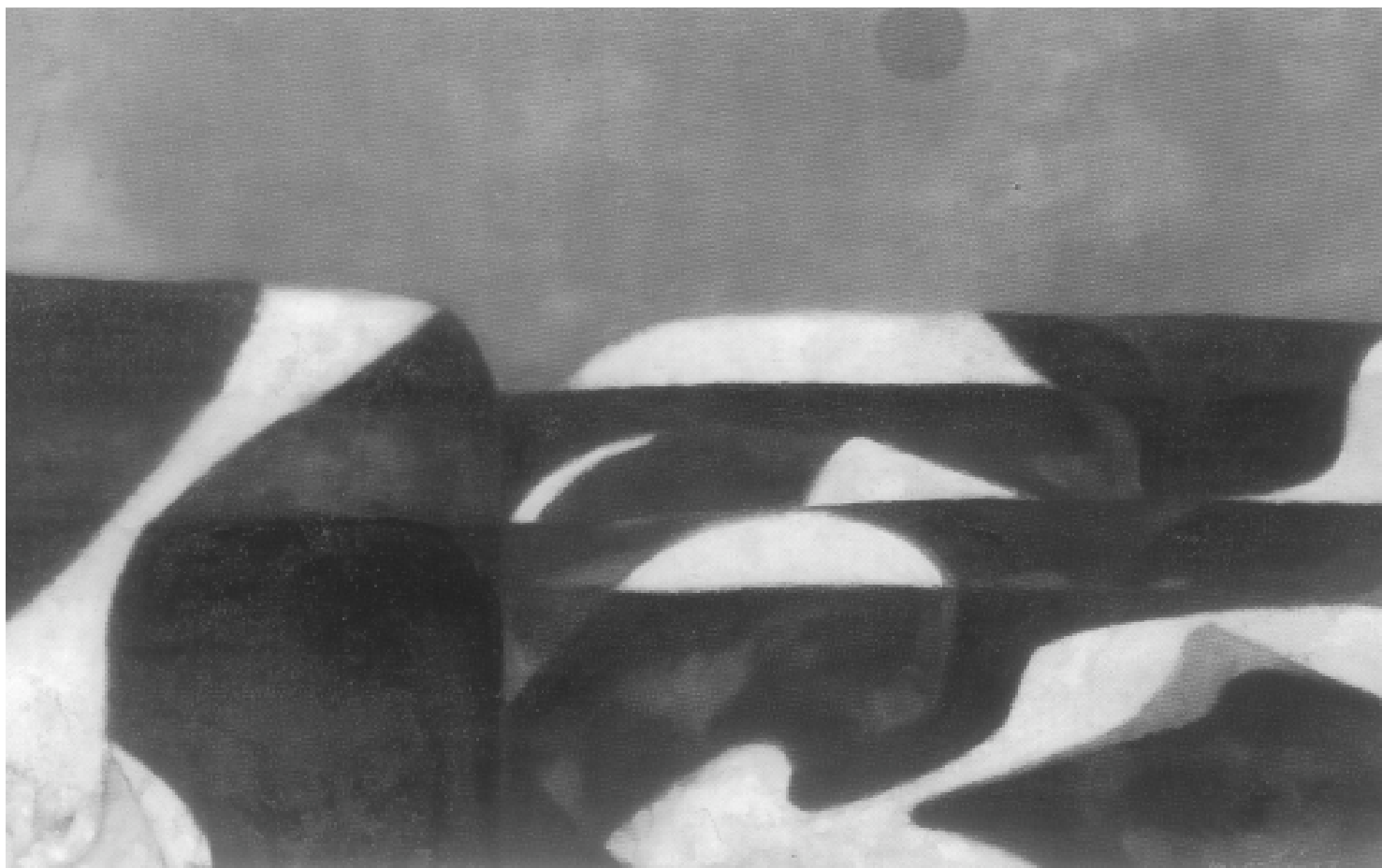
⁷ Fabienne Bradu, *Las vergüenzas vitalicias*, Ed. Vid, 2000.

Y hace poco, en un libro de Northrop Frye, *Podemos palabras*, leí el siguiente comentario:

Un libro reciente⁸ sugiere que la conciencia, lejos de ser el rasgo humano característico, entra en la escena histórica bastante tarde: en la cultura griega entre *La Iliada* y *La Odisea*, en la hebrea entre los profetas del siglo VIII y los escritores posteriores a la diáspora. Antes, se nos dice, el hombre trabajaba con una mente “bicameral”, una de cuyas mitades formaba parte y participaba del mundo de su entorno. Cuando se sentía separado de este mundo, la otra mitad recibía visiones alucinatorias y escuchaba voces de dioses, ancestros o legisladores, que le indicaban qué debía hacer a continuación. Con la conciencia, el sentido de lo subjetivo pasó a ser habitual, y las visiones y voces se interiorizaron. La historia de la literatura es encajada de forma ingeniosa dentro de esta teoría, pero el término negativo “alucinación” y la sugerencia de que quienes hoy en día heredan una mentalidad semejante son esquizofrénicos, demuestran que seguimos desconfiando de cualquier estado mental distinto del consciente, actitud ésta que ha dañado en buena medida el estatus del poeta en prácticamente todos los periodos de la literatura.⁹

⁸ Se trata de: Julian Jaynes, *The origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*, 1976.

⁹ Northrop Frye, *Podemos palabras*, traducción de Claudio López de Lamadrid, Muchnik Editores, Barcelona, 1996, p. 87.



Nemesio Antúnez, *Rodeo en Talca*, 1956

Desde el primer poema de *La miseria del hombre*, Gonzalo Rojas ha dado más de una prueba de su mente “bicameral” y de su búsqueda del diálogo interior, re-
mando hacia atrás hasta donde todo era blanco y cerrando las cortinas del cráneo-mundo. Tampoco ha ocultado su imantación hacia las personas con un sesgo “esquizo”, que se lee en ciertos poemas amorosos y algunas elegías. Así en “El sol y la muerte”, afirma:

Me parieron dos vientres distintos, fui arrojado
al mundo por dos madres, y en dos fui concebido,
y fue doble el misterio, pero uno solo el fruto
de aquel monstruoso parto.

Hay dos lenguas dentro de mi boca,
hay dos cabezas dentro de mi cráneo:
dos hombres en mi cuerpo sin cesar se devoran,
dos esqueletos luchan por ser una columna.
No tengo otra palabra que mi boca
para hablar de mí mismo,
mi lengua tartamuda
que nombra la mitad de mis visiones
bajo la lucidez
de mi propia tortura, como el ciego que llora
contra un sol implacable.

Afirmación que, por ejemplo, reaparece más tarde en el poema “Mariposas para Juan Rulfo”, bajo esta forma:

Por mi parte nadie va a llorar, ni
mi cabeza que vuela ni la otra
que no duerme nunca.

De la misma manera que Gonzalo Rojas se refiere a la poesía como el “oficio mayor”, se me antojaría acuñar la fórmula de “diálogo mayor” para caracterizar la comunicación entre las dos mitades de la mente bicameral del poeta. Se podría establecer una larga lista de las preguntas testimoniales de este diálogo mayor, desde la famosa: “¿Qué se ama cuando se ama?”, “¿Qué / es eso: amor?”, hasta la risueña: “¿Qué es lo que leerán los perros en el color de este mundo?”, o la desafiante: “Por qué / Dios y no yo”, pero una en particular me resulta admirablemente enigmática e inquietante. Se encuentra en el poema ya mencionado: “Fragmentos”, y corresponde al cuarto movimiento:

¿De qué se acuesta el hombre para morir, de qué latido
pernicioso, con la sien entrando hacia dónde
de la almohada y la oreja:
oreja ya de quién, nadando cuál
de los torrentes sombríos: el pantano
o el vacío sin madre: de cuál de las espigas
de la Especie?



Roberto Matta, *L'Autre*, 1954

En la formulación misma de la pregunta inicial, por lo demás compleja e inédita, “¿de qué se acuesta el hombre para morir?”, parecen asomarse, a un tiempo, el misterio y el vislumbre de su eventual resolución. Al privilegiar el “de qué” sobre un más esperado “por qué”, Gonzalo Rojas construye un nuevo tipo de metáfora que, hasta ahora y hasta donde sé, no registra ningún librote retórico. La llamaría una “metáfora sintáctica”, porque es a través del puro recurso de la sintaxis como el poeta nos entrega su visión de qué es vivir y qué es morir. No alcanzo a ceñir la cabal envergadura del misterio que encierra y, sin embargo, de alguna manera sé que este modo de plantear la pregunta es el que más se aproxima al misterio de morir. Es, además, la expresión más apropiada de un enigma porque si éste cupiera en una sintaxis convencional, entonces dejaría de ser enigma para ingresar al campo de la conciencia y de la razón. Sólo alcanzo a relacionar la pregunta con un pasaje de otro poema de *La miseria del hombre*.

...es a través del puro recurso de la sintaxis como el poeta nos entrega su visión de qué es vivir y qué es morir.

En los días más lúgubres, cuando estamos más muertos
que los difuntos, sopla
tu caricia en el aire
de la conversación. Y parece que un golpe
nos para en pie por dentro.

La cordillera está viva

Percibo una estrecha relación entre esta imagen de estar vivo: “Y parece que un golpe / nos para en pie por dentro” y la metáfora sintáctica de la pregunta: “¿De qué se acuesta el hombre para morir?”. Al morir, el hombre se acostaría de eso que lo para por dentro, del

golpe que podría ser la revelación de estar lo más vívidamente vivo. Otra hipótesis de respuesta se arriesga en el verso: “Pa rece que de lo que muere uno es de maniquí”, cuya sintaxis desencajada y descarada hace eco a la terrible materialidad de la pregunta. Tengo la convicción de que estos modos de torcerle el cuello a la sintaxis son las expresiones más certeras de las visiones que emanan de la otra mitad de la mente de Gonzalo Rojas y que no corresponden a la conciencia, a la que nosotros solemos apelar para tratar de entender el gran juego de vivir. Después de leer los fragmentos de Heráclito, Sócrates habría dicho: “Las partes que entiendo me parecen muy



Jorge Eliot, *Cementerio del Norte I*, 1958



José Venturelli, *Funeral en abril*, 1957

hermosas, lo mismo que las que no entiendo, pero quizás habría que ser un buceador de Delos”. Se me antoja que estamos buceando en el mismo mar de admiración y perplejidad ante ciertos poemas de Gonzalo Rojas. Cuando tratan de explicar qué sucede en los estados de conciencia acrecentada, los budistas tibetanos hablan de clarividencia y de clariaudiencia. Una parte de la crítica menos obtusa se ha dedicado a estudiar estos fenómenos de clarividencia en los poetas de linaje romántico, pero faltaría profundizar esta otra vertiente de la clariaudiencia y, para el caso, la poesía de Gonzalo Rojas ofrecería un inmejorable *corpus* de prospección. Paradójicamente, entonces, habría que buscar respuestas en las preguntas, en una perspicaz comprensión del planteamiento de las preguntas. “Invéntate una costa donde el mar seas tú / para que así conozcas preguntas y respuestas”, propone el poeta, a lo cual añade en otro momento:

Ser uno y otro
como el mar, vivir el Enigma.

“El poema es lenguaje erguido” dice Octavio Paz, como si, además de todo, esto que se yergue por dentro del hombre no fuera únicamente el pulso de la vida sino también la espiral de la poesía que asciende o desciende hacia un conocimiento más verdadero y hondo.

Para terminar, no sería descabellado recordar que los monjes zen procuran morir sentados en actitud de meditación y que sólo los iluminados mueren de pie, tal y como lo anhelaba Gonzalo Rojas en un remoto poema:

Son las cuatro, mi Muerte. Sácame de esto ya,
sube a mi corazón. Estoy contento
de entrar a ti, de pie, como conquistador
al mar desconocido. **[U]**

Texto leído en la inauguración de la Fundación Gonzalo Rojas en Santiago de Chile en abril de 2005.